

LA FUERTE CARGA VITAL QUE RECIBE Y EJERCE HOY LA CIENCIA

Baldomero López Carrera
I.E.S. Doctor Fleming (Oviedo)

*Resumen. Desde hace una veintena de años, las publicaciones del profesor Eladio Chávarri tienen como leitmotiv el ir descubriendo, desde diversas perspectivas, cuánta humanidad e inhumanidad engendra nuestro estilo de ser hombre, al que él viene denominando Hombre Productor Consumidor. Y como la ciencia actual desempeña una función estelar en el mantenimiento y desarrollo de este modo de ser y de hacernos hombres, ella es ahora el centro de atención y la atalaya desde la que contempla en su libro *La carga vital de la ciencia los efectos humanizadores y deshumanizadores del HPC*. Él ha escogido nueve conceptos de gran comprehensividad (reflexión arquetípica, arquetipo, experiencia, acción, tecnociencia, validez, verdad, seguridad y tradición) para analizar en cada uno de ellos un aspecto de esa carga tan intensa que la ciencia ejerce sobre todas las experiencias de la vida, y también la no menos intensa carga que ella recibe de nuestro estilo de ser hombre. El autor de este artículo nos ofrece una guía para la lectura de esta densa y original obra de Eladio Chávarri, que bien puede ser calificada de magna.*

Los escritos del profesor Eladio Chávarri tienen desde hace años una encomiable obsesión: descubrir cuánta *humanidad e inhumanidad* engendra nuestro estilo de ser hombre, al que él viene denominando *Hombre Productor Consumidor* (HPC, en adelante)¹. Y como la ciencia actual desempeña una función estelar en el mantenimiento y desarrollo de este modo de ser y de

¹ Baldomero LÓPEZ, "Eladio Chávarri, un pensador preocupado por los hombres de nuestro tiempo", en *Estudios Filosóficos* 148 (2002) 505-514.

hacernos hombres, ella es ahora el centro de atención y la atalaya desde la que nuestro autor contempla en su nuevo libro los efectos humanizadores/deshumanizadores del HPC². Ciencia y vida humana no se oponen como dos constituyentes de nuestra *Forma de vida* o cultura, sino que la ciencia es un componente más de la propia Forma de vida. Precisamente desde esa condición de integrante vital es desde donde Chávarri va a estudiar su influencia sobre los demás componentes vitales. Pero la ciencia no sólo ejerce un protagonismo como no lo había tenido antes ningún otro saber, sino que también ella está empapada hasta la médula de nuestro estilo de ser hombre, por lo que ha tenido que adoptar una modalidad hasta ahora desconocida: la que nuestro autor califica como *desarrollista*. Pues bien, esta mutua influencia y dependencia entre ciencia desarrollista y HPC es lo que el profesor Chávarri quiere significar con la expresión "*carga vital*".

"*Vida humana*", y sus derivados, tiene en los escritos de Chávarri un significado denso y comprensivo, que no se reduce a la manifestación biológica, psíquica o social de la misma. Él entiende por "vida" el desarrollo de la *envergadura vital* completa, no sólo de una parte. En esa envergadura distingue siete grandes *dimensiones* o *vertientes vitales* (*biopsíquica, económica, epistémica, estética, ética, religiosa y sociopolítica*), que son como una especie de canales a través de los cuales detectamos en los seres y recibimos de ellos los apropiados alimentos para conservar y desarrollar nuestra vida. Precisamente esos seres, por contribuir al desarrollo/deterioro de alguna de esas dimensiones o vertientes vitales, le resultan al ser humano *valiosos/disvaliosos*. Pues bien, el análisis de nuestro autor acerca de la carga vital que recibe y que da hoy la ciencia se mueve en este nivel profundo y comprensivo que señalamos. Sirvan estas líneas de guía para introducirse en una obra de gran densidad y complejidad. Quien culmine la tarea de su lectura, no se arrepentirá en absoluto del esfuerzo realizado.

1. EL LIBRO ES UN EJERCICIO DE REFLEXIÓN ARQUETÍPICA

El autor empieza por mostrar cuál es el tipo de reflexión que necesita para poder alcanzar su objetivo. Tal es la que él últimamente viene denominando *reflexión arquetípica*, y que constituye una de las aportaciones más originales de su pensamiento. Para mejor delimitarla, la compara con otros dos tipos: las acotadas y las comprensivas. Entiende por reflexiones acotadas sobre la ciencia aquéllas que consideran sólo algún aspecto de la misma. Las comprensivas, en cambio, no miran a la ciencia en sí misma, sino que la estudian en sus relaciones con las demás dimensiones vitales del ser humano. Y lo hacen con el fin de ver cuánta humanidad e inhumanidad generan tales relaciones. También ése es el objetivo que persigue el profesor Chávarri. La peculiaridad y diferencia de su reflexión arquetípica sobre el resto de las compre-

² Eladio CHÁVARRI, *La carga vital de la ciencia*, Salamanca, San Esteban, 2006, 356 pp.

hensivas radica en que para ella el criterio de discernimiento sobre el papel humanizador o deshumanizador de la ciencia son los *arquetipos humanos* –llamados también *paradigmas* humanos o *modelos* humanos por nuestro autor–. Éstos no son otra cosa que cada uno de los diferentes y peculiares modos de ser y de hacerse hombre que han ido sucediéndose a lo largo de la historia. El último que ha aparecido es el HPC. Pues bien, no hay nada más comprensivo que el arquetipo, puesto que se refiere a todo el ser del hombre –la “vida” que señalábamos más arriba–. Incluye al menos tres cosas: la compleja envergadura vital humana, la no menos compleja nutrición que le aporta todo el ámbito del ser bajo la modalidad de valor/contravalor, y la organización de dicha nutrición valorativa en torno a núcleos valorativos. Esto último es lo que propiamente da especificidad a cada arquetipo, de tal modo que bien puede decirse que han existido tantos arquetipos o modelos de ser hombre cuantos han sido los núcleos valorativos en torno a los cuales han sido organizados –y modalizados– todos los demás valores. Así pues, la reflexión arquetípica de Chávarri sitúa a la ciencia en el vasto y complejo proceso de humanizarse, pero no en abstracto y de modo intemporal, sino tal como nos humanizamos hoy en nuestra Forma de vida o cultura, es decir, teniendo como referencia el arquetipo HPC. Desde él, nuestro autor pretende ver cuánta carga vital aporta y recibe la ciencia.

¿Qué relación guarda la reflexión arquetípica de Eladio Chávarri con los otros dos tipos reseñados? En primer lugar, de parentesco: muchas cuestiones que él trata en el ensayo se las han inspirado las reflexiones acotadas y las comprensivas, si bien la nueva globalidad que él ha escogido aporta matices peculiares a esas cuestiones coincidentes. En segundo lugar, el autor aboga por un inteligente respeto hacia cada una de ellas, ya que ninguna reflexión puede abarcar completamente un ser tan rico y complejo como es la ciencia. Por ello, ninguna debe erigirse en exclusiva y excluyente, pues cada una aporta su intransferible diferencia enriquecedora. En tercer lugar, Chávarri entiende la reflexión como una toma de conciencia cargada de *responsabilidad*. La reflexión arquetípica es fundamentalmente una conciencia sobre el ser humano de hoy, una autoconciencia, y lógicamente una auto–responsabilidad. Chávarri se alegra de que nuestra ciencia genere humanidad en cuanto que contribuye al desarrollo de nuestro modo de ser humanos. Pero le preocupa que este arquetipo origine a la vez profundas y llamativas inhumanidades, a las que contribuye en no pequeña medida el propio saber científico actual.

La reflexión arquetípica sobre la ciencia exige un equipamiento conceptual apropiado para esclarecer aquello que pretende. Ésa es la razón de que el profesor Chávarri haya configurado su ensayo con los temas que ahora tiene. Si su plano de reflexión hubiera sido el acotado, por ejemplo, sobrarían muchos de esos temas, faltarían otros y los que quedaran tendrían que tener un tratamiento muy diferente al que ahora les ha dado el autor. Él ha escogido nueve conceptos de gran comprensividad (*reflexión arquetípica, arquetipo, experiencia, acción, tecnociencia, validez, verdad, seguridad y tradición*), con el

objeto de poder aplicarlos –análogamente, es cierto– a todas las experiencias de la vida, y ver cómo una de esas experiencias –la ciencia– influye en las demás. Son, por ello, *conceptos–puente* entre la ciencia y los demás componentes vitales, que resultan muy útiles para descubrir, siempre en relación con los arquetipos, las cargas de humanidad e inhumanidad que trae consigo la presencia tan masiva de la ciencia en nuestra Forma de vida. En cada uno de ellos aparecerá un aspecto de la carga vital que la ciencia ejerce sobre el resto de las experiencias vitales. Dicha carga será de humanidad o de inhumanidad según que la ciencia colabore al desarrollo, deterioro o anulación de otras dimensiones vitales humanas.

Por otra parte, el tratamiento tan comprensivo que les ha dado el autor hace que los temas de este ensayo no sólo sean aplicables a la ciencia, sino a todas las dimensiones vitales, por lo que el libro interesa no únicamente a unos pocos especialistas sobre el saber científico, sino que resulta sumamente útil para todo aquél que quiera reflexionar con cierta hondura sobre el ser humano actual. En este ensayo encontrará inagotables sugerencias y análisis originales y comprensivos.

Conviene señalar, además, que la comprensividad de la reflexión arquetípica genera una enmarañada red de relaciones entre todos los constituyentes de una Forma de vida y entre las experiencias con los mismos. Como consecuencia, en dicha reflexión arquetípica los seres y las experiencias con ellos se ven constantemente modificados. Por eso no hay que entender los capítulos de este libro como si unos conceptos generales y cerrados incluyeran a otros más particulares y también cerrados, al modo de las relaciones genéricas y específicas. Chávarri utiliza cada vez más una *visión relacional*, en la que las cuestiones que se correlacionan están imbricadas y van adquiriendo un continuo y renovado ser como resultado de esa mutua influencia. Uno advierte, por ejemplo, que el contenido de la experiencia –tema que aborda en el tercer capítulo y que está presente en casi todos los que le siguen– va enriqueciéndose con nuevos aspectos a medida que se avanza en la lectura del ensayo. Lo mismo podemos decir del resto de los temas.

La reflexión arquetípica marca también la estructura tripartita de la mayoría de los capítulos. La primera parte está destinada a la exposición general de uno de esos conceptos–puente de los que hemos hablado; la segunda, a ver cómo ese concepto se aplica en concreto a la ciencia; y la tercera está destinada al análisis de la carga vital que la ciencia irradia a las demás experiencias a través de lo expresado en el concepto en cuestión.

Finalmente hay que decir que la reflexión arquetípica no está constreñida a ninguna disciplina filosófica de las existentes, porque necesita de muchas. Por eso, éste no es un libro de filosofía de la ciencia en el sentido que viene utilizándose esta expresión.

2. EL SELLO QUE MARCA EL ARQUETIPO A LA CIENCIA

El que haya un capítulo dedicado a nuestro arquetipo humano HPC se debe a que en él está la explicación de dos aspectos importantes de la carga vital de la ciencia: por qué es hoy tan valorada y por qué ella se ha visto obligada a adoptar la modalidad desarrollista. Sería un olvido grave –por otra parte muy frecuente– no hacer explícito el tipo de ser humano que modaliza todas las experiencias de nuestra vida –también a la experiencia científica– y al que servimos fielmente. Por eso veremos aparecer al HPC en todos los capítulos del libro como un referente clave de la reflexión.

Eladio Chávarri introduce en la coordinación de la complejidad de todo arquetipo humano una energía a la que él viene denominando *razón soberana*, que es la que marca la dirección a las razones particulares –entre las que se encuentran las científicas–. Éstas, por tanto, no han de ser consideradas aisladamente, sino en su entronque con su respectiva razón soberana. Pues bien, el arquetipo HPC genera la razón soberana *desarrollista*; ésta transforma a la ciencia en *ciencia desarrollista*, la cual, a su vez, fortalece más y más a la razón soberana desarrollista y al HPC. Nuestro autor expone por qué la ciencia es idónea como ningún otro saber para proporcionar valores biopsíquicos y económicos, que son los que conforman el *núcleo valorativo* de nuestro arquetipo humano. Así pues, no se puede hablar de la situación de la ciencia en nuestra Forma de vida si la desligamos del arquetipo humano HPC y de su inseparable razón soberana desarrollista. La reflexión sobre la ciencia desde el arquetipo le sitúa a nuestro autor en el horizonte de una perspectiva muy amplia.

Y ahora la reflexión arquetípica, cargada de autorresponsabilidad, hace una pregunta de gran calado y urgencia: ¿puede salir la ciencia de esta modalidad desarrollista a que le ha obligado el HPC, y que está poniendo en peligro la propia existencia humana sobre el planeta? Sí, pero a condición de que se lleve a cabo al mismo tiempo –no separadamente– que la dignificación del propio HPC, que es el que marca a fuego todas las experiencias del hombre de hoy. Cuando ello suceda, la dignidad de la ciencia estará en proporción directa con su potencialidad para contribuir a articular el nuevo modelo humano.

3. HORIZONTES DE EXPERIENCIA

Uno de esos conceptos–puente para descubrir la carga vital que la ciencia propaga en la vida es el de *experiencia*. Pero, para que pueda cumplir esta función de puente, nuestro autor se ha visto en la necesidad de ahondar en el significado del vocablo “experiencia”, que, tal como se utiliza en las reflexiones acotadas sobre la ciencia, viene limitándose a operaciones específicas tales como medir, observar y hacer experimentos. Para Chávarri, experiencia es “el trato vital que los humanos mantenemos con los seres con el fin de que desarrollen alguna dimensión de nuestro ser”. Tal descripción se aplica no sólo a

la ciencia sino también a aspectos vitales tan diversos como reír, comer, rezar, argumentar, distribuir, amar, comprar, divertirse, producir, etc.; es decir, a los millones de acciones que desarrollamos a lo largo de la vida. Todas son experiencias porque son apropiaciones del ser como valioso/contravalioso para alguna dimensión vital humana. La vida, según eso, no es otra cosa que el conjunto de todas las experiencias que tiene un ser humano.

Pues bien, ese trato vital con los seres se lleva a cabo en *marcos experienciales*. El autor entiende por tal “el conjunto de condiciones necesarias y suficientes que intervienen en la constitución de cualquier experiencia”. De dichas condiciones, Chávarri destaca cuatro grandes grupos, a los que llama respectivamente *estructuras entitativa, de equipamiento, racional y social*. Por estructura entitativa entiende aquello sobre lo que versa una experiencia, es decir, los seres o atributos entitativos que se revelan como valores en cada experiencia. El equipamiento lo constituyen las potencialidades o capacidades, las acciones, los recursos y las disposiciones afines que intervienen en cada experiencia. La razón, que propiamente pertenece al equipamiento potencial del hombre, ejerce una función articuladora respecto a las demás estructuras; en cada experiencia, la razón es específica. Finalmente, no son posibles las experiencias sin las sociabilidades apropiadas.

Las cuatro estructuras del marco constitutivo específico de una experiencia no están aisladas unas de otras, sino que mantienen entre sí una *unidad relacional*, lo cual trae consigo continuas transformaciones en las cuatro. Tal descubrimiento le va a ser sumamente fértil a nuestro autor y lo utilizará con profusión a lo largo de todo el ensayo. La unidad relacional no termina dentro de cada experiencia, sino que el conjunto de todas las que componen nuestra vida se hallan sumamente relacionadas unas con otras. Dichas relaciones son complejas y de la más diversa índole, y desde luego no siempre de armonía. La unidad relacional o interacción continua entre los componentes de una experiencia y entre las experiencias hace que tengamos que considerarlas siempre como abiertas, inacabadas: son un horizonte al que nunca se llega definitivamente. Por eso Eladio Chávarri prefiere hablar de *horizontes de experiencia*, más que de estructuras fijas y acabadas.

El *marco constitutivo de la experiencia científica* es, para nuestro autor, la *teoría*. Ello le ha obligado también a enriquecer el significado de “teoría”, pues las teorías, entendidas como marcos experienciales científicos, contienen las estructuras entitativa, de equipamiento, racional y social de la propia ciencia. Al análisis pormenorizado de esas cuatro estructuras de la experiencia científica, así como a la unidad relacional que guardan entre ellas, dedica Chávarri toda la segunda parte de este capítulo. Su enfoque nos descubre aspectos de la ciencia hasta ahora desconocidos. Por ejemplo, que, por ser “constitutiva”, no hay experiencia científica de los seres antes y al margen de las teorías científicas, por lo que todos los elementos que intervienen en la ciencia adquieren sustancia y sentido constituyendo la teoría de la que forman parte. También, que hay ruptura de la unidad relacional de la teoría como experiencia científ-

fica cuando aislamos una de sus estructuras y olvidamos las otras tres, o cuando se considera un aspecto de una de ellas ignorando los demás, reducciones que por lo demás se practican con harta frecuencia en el ámbito de las filosofías, las historias y las sociologías de la ciencia.

La tercera parte del capítulo está dedicada a situar la experiencia en lo que es propiamente el campo de las reflexiones arquetípicas: examen de la relación que guarda la experiencia científica con el resto de las experiencias humanas. Y descubre que la ciencia es una experiencia no sólo influyente o decisiva, como dice Heidegger, sino *determinante* sobre las demás, por lo que tiene una gran capacidad para promover la humanidad e inhumanidad en esas experiencias a las que determina. Ello hace que los hombres y los entes de nuestra Forma de vida se vuelvan poco a poco más científicos, es decir, que sean y estén en el mundo de manera más científica. Chávarri explica pormenorizadamente las razones de por qué el saber científico desarrollista y no otro es el adecuado para mantener y desarrollar el HPC, y que se resume en la potencia tan enorme que tienen cada una de las cuatro estructuras experienciales de la ciencia para la creación y transformación de seres en valores biopsíquicos y económicos. También señala cómo la ciencia ejerce la determinación –la alteración existencial de los demás componentes vitales– a través de experiencias comprensivas y coordinadoras de las demás, tales como las que él denomina *experiencia básica*, *el saber ordinario* y *el saber filosófico*, por lo que éstos se convierten en lugares privilegiados para conocer la carga que la vida recibe de la ciencia.

Este tema de la experiencia tal como es abordado por Chávarri estará presente en el resto de los capítulos como uno de los quicios sobre los que se asientan las reflexiones que allí se hacen. Recíprocamente, como ya dijimos, la experiencia irá mostrando en cada uno de esos capítulos unas potencialidades y funciones hasta ellos desconocidas.

4. LA ACCIÓN

La *acción* es el eje fundamental sobre el que se basa la formación y el desarrollo del ser humano a nivel de especie, de grupo y de persona individual. Aunque es bastante frecuente separar el conocer y el actuar como manifestaciones dispares de ser, Chávarri sitúa el conocer en la categoría de acción; y, entre ellas, la considera la más importante, pues las demás adquieren la calificación de humanas precisamente cuando las dirige la razón. Por todo ello, nuestro autor ha tomado la acción humana como uno de esos conceptos–puente entre la *actividad científica* y el resto de las actividades o acciones humanas. Pues bien, hoy la actividad científica tiene una enorme influencia debido a su potencia. Todas las acciones humanas, sean físicas, bióticas, intuitivas, sensitivas, imaginativas, creativas, memorísticas, comprensivas, intelectivas, razonadoras, afectivas de todo género, están intensamente

permeadas por las teorías científicas, por lo cual vivimos en un mundo cada vez más científico.

Si en el apartado primero de este capítulo, Chávarri ha calificado al conocimiento científico como auténtica acción humana, ha señalado su extensa gama de manifestaciones como acción, y ha subrayado el aumento de ser que trae consigo, en el segundo apartado deja lo abstracto y desciende a ver la ciencia allí donde realmente se está haciendo. Es lo que él llama el *emplazamiento*. Y en ese lugar descubre que algo impulsa a hacer ciencia (*impulsores* de la acción científica). A los impulsores añade los *moduladores*, los *vertebradores* y los *aliados* de la actividad científica. Todos ellos nos dan, en mutua correlación, las coordenadas de la situación concreta de la ciencia en la actualidad.

El tercer apartado de este capítulo lo dedica nuestro autor a los *horizontes de sentido* de toda acción. Horizontes de sentido son, para él, lo mismo que horizontes de humanidad. Y ya sabemos que una acción es humana o inhumana si desarrolla o deteriora algún aspecto del horizonte de humanidad que tiene un determinado modelo humano. Así pues, el horizonte de sentido de una acción o de un ser es su relación a un determinado arquetipo humano; las acciones tienen orientación y sentido cuando se hallan empeñadas en desarrollar o no un determinado arquetipo de ser hombre. Pues bien, hoy el horizonte de sentido lo asigna el HPC. También a la ciencia. Ésta, a la vez que influida por el HPC, recibe una tarea importante en la construcción y mantenimiento de dicho modelo humano, como se repite a lo largo del ensayo. De ello se deriva que el horizonte de sentido del HPC se impone con muchísima fuerza debido al apoyo de un aliado tan poderoso como es la ciencia, que, gracias a la actividad, la racionalidad y la sociabilidad que comportan las teorías, llega a todas las experiencias de nuestra Forma de vida. Hay que hacer notar que habitualmente no se enfoca la ciencia desde su entronque en el paradigma humano ni en su función humanizadora/deshumanizadora. Las estadísticas “sociológicas” sobre la ciencia ignoran totalmente el horizonte de sentido que recibe y que transmite la ciencia a las experiencias relacionadas con ella.

5. LA ACCIÓN TECNOLÓGICA

La *técnica* ha tenido muchas variantes, variaciones o modalidades a lo largo de la historia. La última de ellas es la *tecnociencia* o *tecnología*. No hay que identificar, por tanto, la técnica con la variación que ésta ha adoptado en la actualidad. Pues bien, hoy la tecnociencia desempeña una función crucial en el desarrollo de la ciencia y, consecuentemente, en la carga vital que ésta vierte sobre la vida. En el presente capítulo, el profesor Chávarri estudia la actividad técnica desde tres perspectivas. En primer lugar, como *mediadora necesaria* en la experiencia del ser. No hubiera sido posible dicha experiencia del ser sin el concurso de la técnica, sobre todo de su variación actual como tecnociencia. De tal tesis se deriva que mucho del ser que se ha manifestado a

los humanos es en mayor o menor medida “*tecno-facto*”. Nuestro autor dedica amplias y originales reflexiones a mostrar la compleja densidad entitativa del tecnofacto, un ignorado en la reflexión filosófica de occidente y cuya entidad supera con creces la de ser mero instrumento para otra cosa, categoría a la que ha sido relegado frecuentemente. En segundo lugar, contempla la técnica como mediadora necesaria en la formación del ser humano. Esta segunda cuestión y la primera se coimplican, como ya sabemos. Y ya dentro de la formación del ser humano, el lugar en que va a situar Chávarri a la técnica es la acción, eje fundamental de dicha formación. La acción técnica enlaza con el tema anterior, pero, al mismo tiempo, es una acción sumamente comprensiva, pues afecta y está presente en todas las demás. Sólo desde esta perspectiva tan amplia y densa, la técnica puede ser utilizada como concepto-puente entre la acción científica y las demás acciones humanas para ver la carga vital que la primera vierte sobre las segundas. Hoy esa técnica –que es tecnociencia– recibe una gran carga vital del HPC, de la que resulta modalizada como tecnociencia desarrollista. A ésta se le asigna revertir la carga sobre las demás acciones con el fin de desarrollar el tipo de humanidad que hay en el HPC.

La tercera perspectiva desde la que nuestro autor estudia a la tecnociencia es el de las *tensiones* que produce en la vida de los hombres, pues a ella se le atribuye un gran protagonismo y responsabilidad en este asunto. Chávarri tiene sumo interés en llegar y encontrar el origen de tales tensiones, con el fin de captar con exactitud y profundidad su alcance. Pues bien, en el proceso de hacerse hombre se generan constantes tensiones entre la humanidad y la inhumanidad que aportan cada uno de los factores que intervienen en ese proceso; la técnica es uno de los factores importantes. Pero, como el proceso de hacerse hombre no se da en abstracto, sino siempre según un modelo o arquetipo humano, hay que decir que las tensiones producidas hoy por la tecnociencia no radican en ella misma, sino que tienen su base y origen en las más extensas y profundas tensiones entre la humanidad y la inhumanidad que genera la experiencia de ser hombre según el modelo del HPC. Chávarri analiza pormenorizadamente tres tipos de tensiones en la tecnociencia generadas por nuestro arquetipo humano, a las que él llama tensión de relación del hombre con sus tecnofactos, tensión que produce el núcleo valorativo del HPC, que lo modaliza todo en sentido biopsíquico y económico, y, finalmente, tensión de sentido, o lo que es lo mismo, la tensión que se produce en la relación de las acciones con nuestro arquetipo humano. Sólo entendida así esta relación de sentido podemos discernir el verdadero alcance de la *responsabilidad* de la tecnociencia, pues la responsabilidad sólo se ejerce respecto de lo humano e inhumano del hombre, es decir, dentro de un horizonte de sentido, que como sabemos es la referencia al modo de ser hombre según un arquetipo. Por eso, la responsabilidad de la ciencia apunta más allá de ella: al horizonte de sentido del HPC. Éste es en último término el responsable.

6. LOS TENTÁCULOS DE LA VALIDEZ

Todos los seres se le hacen presentes al ser humano como valores o contra-valores, pues en esa relación siempre desarrollan o deterioran alguna dimensión vital humana. Pero el hombre no se conforma con valores sin más, sino que les exige tener determinados estados valorativos precisos, a los que llamamos *validez*. Por tanto, la *experiencia valorativa* es condición necesaria, aunque no suficiente, de la validez/invalidéz, pues, como decimos, los valores han de tener un determinado estado. Entendida así, la validez/invalidéz no se aplica sólo a un tipo de valores (generalmente se piensa que a los epistémicos), sino a todos. Ésta comprensiva universalidad en el enfoque de la validez/invalidéz es la novedad que aporta Eladio Chávarri en este ensayo, porque, si él se hubiera limitado a abordar la validez de los métodos del conocimiento, no hubiera podido salirse de ese ámbito. Su enfoque comprensivo le sirve para ver la carga que la ciencia aporta al resto de las experiencias a través de la validez y de la invalidéz, tanto si las consideramos en sí mismas –tema del presente capítulo–, como si las relacionamos con la verdad y con la seguridad, objetivos respectivamente de los dos siguientes.

Los valores no pueden ser entendidos al margen de los seres y de los hombres, puesto que son relaciones entitativas que implican a ambos. Eso mismo tenemos que decir de la validez/invalidéz, que es un estado de los valores. Por eso, para nuestro autor la validez/invalidéz no está asentada en ningún a priori del conocimiento ni en ninguna situación especial de la realidad, como puede ser la necesidad, sino que hay que situarla en el sujeto y en los seres, ambos en relación. Tal relación ha sido denominada por nuestro autor *experiencia humana*. Pues bien, toda *experiencia humana* es *valorativa*, puesto que los seres con los que trata el ser humano siempre le resultan valiosos/contravaliosos para el desarrollo/deterioro de alguna dimensión vital suya. Por consiguiente, el lugar apropiado en el que hay que situar la validez/invalidéz son las experiencias humanas todas. Ninguna validez/invalidéz puede entenderse sin referencia a su específico marco constitutivo de experiencia humana. Y, como entre las cuatro estructuras de dicho marco va tejiéndose una unidad relación constante, de la que resultan modificaciones también continuas en cada una de ellas, la validez/invalidéz sigue ese mismo enmarñado proceso. Chávarri lo detalla minuciosamente. Merece la pena seguirlo, porque uno se encuentra con apreciaciones sorprendentes.

En la segunda parte de este capítulo, nuestro autor analiza la presencia de la validez/invalidéz en la propia ciencia. Y lo hace considerando a ésta como una experiencia valorativa, puesto que los seres de los que trata la ciencia desarrollan/deterioran una parte de la dimensión vital cognitiva del ser humano. “Choca ... que haya tantas reticencias y rechazos explícitos a introducir los valores en la ciencia, pues ésta es un valor epistémico” dice nuestro autor. Las precisiones y estabildades valorativas (valideces e invalideces) llegan a todo cuanto interviene en la construcción y desarrollo de la propia ciencia; no se limitan tan sólo a conceptos y lenguajes, pues las teorías incluyen

todos los constituyentes epistémicos de sus cuatro estructuras. Chávarri va desmenuzando y al mismo tiempo “enredando” el denso y amplio entramado de valideces/invalides que se van tejiendo a lo largo del desarrollo de la experiencia científica, bien sea entre las estructuras de las teorías, bien con otras teorías en conjuntos más amplios. Sus reflexiones sobre este particular hacen ver las cosas de otro modo.

La última parte del presente capítulo la dedica Chávarri, como era de esperar en su reflexión arquetípica, a desentrañar las correlaciones que hay entre las valideces/invalides científicas y las demás valideces/invalides humanas. Tal correlación es posible porque hay un ámbito común en el que se sustentan y coinciden todas: las valideces/invalides humanas/inhumanas tal como se concretan en los arquetipos humanos. Ya sabemos que las valideces/invalides de las experiencias, además de ser específicas, son al mismo tiempo parte de las valideces/invalides humanas según un arquetipo humano. Pues bien, las valideces/invalides del núcleo valorativo de esos arquetipos humanos configuran de un modo orgánico particular las valideces/invalides de los demás valores, entre los que también se encuentra la ciencia. No hay, al respecto, una sola validez/invalides fija, intemporal y universal de la ciencia, sino tantas como arquetipos humanos diferentes. Desde el HPC, la ciencia ha sido obligada por su razón soberana desarrollista a transformarse en “desarrollista” para ser aceptada como válida. La modalización impuesta por la razón soberana desarrollista penetra en la entraña misma de la ciencia, es decir, produce cambios de sentido en las valideces e invalides de las estructuras entitativas, de equipamiento, racionales y sociales de las teorías científicas. A su vez, la ciencia desarrollista aumenta la humanidad/inhumanidad desarrollista. Nada extraño, por consiguiente, que las valideces/invalides de la actividad tecnocientífica se hayan convertido en modelo de todas las demás.

Vemos que aparecen por todas partes, en el HPC, masivas y dolorosas invalides de lo humano. Y la ciencia desarrollista está profundamente implicada en ellas. Pero si alguien pretende dignificarla, que sepa que es imposible hacerlo como valor aislado, separada del HPC. Es necesario, para eliminar esas invalides de lo humano, abandonar nuestro arquetipo humano y sustituirlo por otro más digno, cosa por otra parte nada fácil, pues la ingente urdimbre de valideces e invalides que ha tejido –y sigue tejiendo– la razón soberana desarrollista hace que el arquetipo HPC tienda a perpetuarse.

7. NUESTRAS VERDADES Y FALSEDADES

El tema de la verdad/falsedad ha desaparecido de algunas reflexiones sobre la ciencia. Y los que la tratan, reducen su ámbito a las proposiciones, al lenguaje, etc., es decir, que toman de la verdad/falsedad sólo lo que necesitan para sus reflexiones acotadas. Con estas visiones limitadas sobre la

verdad/falsedad no es posible afrontar el tema de la influencia de la experiencia científica en el resto de las experiencias de la vida a través de la verdad/falsedad. Por eso nuestro autor, como en todos los casos anteriores, ha tenido que ampliar su alcance hasta hacerlo de aplicación universal. La complejidad que de ello resulta es especialmente significativa en este capítulo.

Chávarri fundamenta sus reflexiones en que la verdad/falsedad es un valor/contravalor, porque expresa relaciones de los entes con desarrollos/deterioros específicos del ser humano. ¿Cuáles son esos aspectos específicos del ser humano que son desarrollados/deteriorados por nuestras verdades/falsedades? Chávarri señala tres. El primero es la necesidad que tenemos los humanos de la *presencia de ser*, pues éste nos alimenta –con lo que se convierte en valor–, mientras que el no-ser nos debilita. Está claro que sin este valor/contravalor no puede aparecer ni desarrollarse ningún otro. Pues bien, este es el primer significado del par verdad/falsedad. Y se aplica a todo el ámbito del ser, por lo que la manifestación del ser en los entes no se puede reducir a la presencia cognitiva de dicho ser –como frecuentemente se hace–, sino que también afecta a la voluntad, la imaginación, la fantasía, el sentido interno y externo, las relaciones sociales, los tejidos y las células, los sentimientos, la sensibilidad, y a todas las potencialidades de ser que hay en nuestra propia naturaleza. Es, pues, universal. La verdad/falsedad así concebida ya puede ser uno de esos concepto-puente que utiliza nuestro autor para ver la carga que la ciencia vierte sobre el resto de la vida.

Pero además de lo anterior, los humanos ansiamos que el ser que se nos manifiesta lo haga de modo pleno. Como dar satisfacción a tal necesidad sólo tiene lugar para nosotros en el tiempo, no tenemos más remedio que embarcarnos en apropiados procesos en los que a las manifestaciones de ser que van sucediéndose corresponden otras muchas que permanecen ocultas. Con tal situación está relacionada la segunda de las relaciones veritativas que para Chávarri entraña la verdad: la que vincula el desarrollo del hombre con las *manifestaciones abiertas y ocultas de ser en los entes*. En esta perspectiva sobre la verdad, la falsedad es la ruptura de la relación del ser manifestado al oculto, es decir, limitarse al ser que se ha manifestado, con lo cual se cortan los desarrollos del ser –y consecuentemente también del hombre– o se impide la aparición de otros nuevos.

Las dos concepciones de la verdad/falsedad referidas se mueven en el nivel de las manifestaciones de ser, que no aseguran sin más que sean realmente tales. Por eso Chávarri designa con verdad/falsedad una tercera relación: la que enlaza el desarrollo del hombre con las *auténticas e inauténticas manifestaciones de ser* en los entes. La verdad/falsedad pone aquí su énfasis en la separación entre la real y la aparente manifestación del ser en los entes; aparente, en el sentido preciso de que parece ser, de que tiene todas las apariencias de ser, pero no es. También este aspecto de la verdad/falsedad está en todas las experiencias, acompaña a todas las revelaciones de ser, no sólo a las cognitivas y lingüísticas.

Como las tres relaciones veritativas apuntadas son valores, nuestro autor estudia la incidencia de la validez/invalides sobre ellas. Y eso lo hace tanto en los entes como en el ser humano, puesto que, en los valores, ambos están coimplicados. Conviene insistir una vez más que la validez/invalides en su incidencia sobre la verdad/falsedad se aplica a todo el ser, no sólo al lenguaje, mucho menos sólo al lenguaje enunciativo.

¿Dónde nacen y se desarrollan estas tres relaciones valorativas veritativas? Nuestro autor expresa su conocida tesis: sólo en los marcos de experiencia, pues únicamente en ellos se consigue el acceso al ser, al ser oculto y al ser auténtico; y también al ser válido. Chávarri hace un despliegue de la multitud y variedad de las verdades/falsedades específicas que se van generando en la relación entre las cuatro estructuras del marco y entre constelaciones de marcos constitutivos específicos de experiencia. Hay que recordar, además, que cada marco de experiencia es específico, intransferible e insustituible, y lo mismo las valideces y verdades que se generan en él. Por eso no se puede universalizar lo que se ha elaborado desde las específicas verdades y falsedades del lenguaje enunciativo, por ejemplo, y presentarlo como una teoría general de la verdad/falsedad aplicable a todo, cosa que se hace con excesiva frecuencia.

En la segunda sección de este capítulo Chávarri dedica largos y minuciosos discursos a aplicar a la experiencia científica lo que ha elaborado en la primera sección. Tal experiencia genera cuatro pléyades de verdades y falsedades específicas, que se reparten entre las estructuras entitativa, de equipamiento, racional y social de la misma, cada una con tres relaciones veritativas (las correspondientes relaciones entre las manifestaciones de ser y de no ser, las de ser abierto y oculto, y las de ser auténtico e inauténtico). Las falsedades de la teoría provienen en consecuencia de cada una de las cuatro estructuras, por razón del específico no ser que desarrollan; por el ser oculto particular que no llega a desvelarse en ellas, al quedarse anclado el científico en el abierto; y por las manifestaciones de ser engañoso concreto que se genera en las mismas.

La tercera parte de este capítulo está dedicada a ver qué carga vital vierten las verdades y falsedades científicas sobre las demás verdades y falsedades humanas. Para ello, Chávarri se sitúa, una vez más, en la plataforma de la verdad/falsedad humanas/inhumanas. Tales se dicen por relación a modelos, paradigmas o arquetipos humanos, con lo que éstos son el punto de referencia para establecer cuál es el verdadero/falso ser humano. Los paradigmas humanos han acompañado toda la reflexión arquetípica de nuestro autor, pero nunca antes habían aparecido como fuentes de humanidad verdadera y falsa. Hay que señalar, para evitar interpretaciones desacertadas, que los arquetipos humanos no son simples conceptos, sino que existen realmente encarnados en todas y cada una de las experiencias de los individuos que viven esos arquetipos. Chávarri aplica a las verdades/falsedades humanas las tres relaciones veritativas ya conocidas. Es decir, la humanidad e

inhumanidad presente que ofrece un arquetipo humano (primera relación veritativa) no contiene toda su verdad y falsedad humanas, pues hay una humanidad todavía oculta (segunda); por otro lado, hay que tener en cuenta también las auténticas o inauténticas humanidades e inhumanidades que se manifiestan (tercera) en dicho arquetipo. También estudia la incidencia de la validez sobre este comprensivo valor que es la verdad humana.

Descendiendo a las verdades y falsedades específicas de los marcos constitutivos concretos (amar, hacer ciencia, rezar, comer, etc.), hay que decir que siempre están internamente modalizadas por un paradigma humano. Y la referencia de tales verdades/falsedades específicas a ese paradigma hace que alcancen el rango de verdades/falsedades humanas; verdades, si desarrollan el paradigma; falsedades, si lo deterioran. El caso de nuestras verdades y falsedades científicas no constituye una excepción a dicha modalización. Pero, a su vez, la ciencia no es una experiencia más; mucho menos la ciencia desarrollista. Su contribución a la verdad y falsedad de la humanidad e inhumanidad que ofrece el actual paradigma del HPC –su carga vital– es enorme, porque extiende sus redes de unidades relacionales veritativas por la mayor parte de los marcos constitutivos específicos de experiencia. Con ello, la ciencia, bien por ella misma, bien a través del conocimiento ordinario, marca cuál es el verdadero ser que alimenta nuestra vida y cuál es el no ser que la devasta; cuál es el ser oculto que hay que conquistar desde el manifiesto y cuál el que no hay que descubrir; cuál es el ser auténtico y cuál es el engañoso.

Termina Eladio Chávarri el capítulo haciendo una muy sabia “invitación a recuperar la verdad y la falsedad en toda su magnífica universalidad a través de aproximaciones que reúnan al menos sus aspectos dispersos más significativos. El tema de este capítulo resulta inabordable si reducimos la verdad y la falsedad al género cognitivo, o al más restringido género científico, y mucho peor aún si nos contentamos con una definición estereotipada de tipo proposicional que se aplique únicamente al lenguaje cognitivo o científico. La verdad y la falsedad se dan en todos los sectores de la experiencia humana, sea científica, lúdica, artística, culinaria, filosófica o mística”.

8. REFUGIOS DE SEGURIDAD

Desde Platón y Aristóteles, siguiendo por toda la tradición, se ha planteado el problema de la *seguridad del conocimiento*. Tal cuestión ha sido tratada en las reflexiones acotadas, casi nada en las reflexiones comprensivas. Hoy ya ni se aborda. Para algunos, la ciencia no es más que un extenso conjunto de creencias, con lo cual todos los problemas de la seguridad se dan por zanjados. En cualquiera de los casos referidos, se está hablando sólo de seguridades epistémicas, y por tanto no aplicables sin más al resto de las seguridades humanas. Por eso Chávarri, una vez más, ha ampliado el contenido de la

seguridad/inseguridad con el fin de que pueda aplicarse a todas las experiencias humanas.

Algo genera inseguridad cuando puede oscilar entre ser de una manera o de otra. Pues bien, dado que los seres se muestran cargados de semejantes oscilaciones, la inseguridad afecta a sus propios estados entitativos. Y como el desarrollo humano tiene lugar a la vez que se nutre de los entes que se desocultan en el ecosistema del ser, los vaivenes entitativos que sufren esos entes tienen su correspondiente efecto de inseguridad en el propio ser humano. Así pues, la inseguridad es consustancial al proceso de hacerse hombre. Ahora bien, con tal situación de continua zozobra, la vida nos resultaría extremadamente difícil; de ahí que aparezca en nosotros una fuerte tendencia a instalarnos en seguridades entitativas y humanas con el fin de evitar excesivos peligros y riesgos. Tales seguridades las encuentra el ser humano en los refugios. "Refugio" hace referencia a huida (*fugio*) desde la inseguridad a la seguridad. El refugio se extiende, como la inseguridad, por todo el ámbito de nuestra experiencia de los seres. Inseguridad–refugio–seguridad forman una espiral que se repite sin fin. Por eso para nuestro autor, la seguridad y la inseguridad no se relacionan entre sí como el valor y el contravalor, a pesar de que no es fácil no considerar a la inseguridad como un contravalor. La inseguridad nace de la tendencia del hombre a no dejarse determinar por ecosistemas fijos y estables, tendencia que marca la gran diferencia entre nuestra vida y la de animales y vegetales. Si quisiéramos suprimir de nuestras vidas tal inseguridad, tendríamos que volver al estado animal.

Pero ¿dónde están esos refugios tan ansiados? Para Chávarri está claro: en los marcos específicos de experiencia. En efecto, el ser humano recibe la riqueza valiosa de los seres a través de las experiencias específicas. Los marcos son los que cultivan el ser que aparece en los entes –y en el ser humano– y lo despojan a la vez de sus vaivenes entitativos específicos. Son, pues, refugios de seguridad, ya que quitan al ser que se manifiesta en los entes de esos mismos marcos los vaivenes entitativos que tendría fuera de ellos. Los marcos constitutivos específicos de experiencia presentan cuatro estructuras; por ellas se canaliza la seguridad/inseguridad entitativa específica y su respectiva seguridad/inseguridad humana.

No hay duda, por otra parte, de que existe una relación muy estrecha entre la validez y la seguridad, pues aquélla da precisión a los valores, con los que les quita la zozobra entitativa. En consecuencia, ha de aplicarse aquí análogamente a la seguridad cuanto se ha dicho sobre la validez a propósito de los marcos de experiencia. Chávarri analiza también pormenorizadamente la vinculación específica de los refugios de seguridad entitativa con la verdad/falsedad. La validez veritativa (precisión que la verdad recibe de la validez) es fuente de estados particulares de seguridades específicas.

La ciencia pertenece a la dimensión cognitiva del ser humano. Los refugios de la seguridad cognitiva se encuentran en los marcos experienciales epistémicos de los saberes ordinario, filosófico, científico y teológico. Desde

esta concepción de los marcos de la experiencia, el profesor Chávarri nos ofrece algo importante y original sobre los cognitivos: que los refugios de seguridad son bastante más complejos que la simple relación cognitiva de sujeto a objeto –tomada con frecuencia por la epistemología europea como punto de referencia para medir las firmezas o zozobras de nuestra experiencia cognitiva–. En la experiencia cognitiva no hay nada definitivamente estable y fijo –sea el objeto o ciertas condiciones del sujeto–, porque en el trato vital epistémico del hombre con los seres, como en cualquier otra experiencia humana, sucede que ambos van transformándose en virtud de la experiencia misma. Así pues, son las teorías científicas las que funcionan como refugios de seguridad científica. Las teorías son marañas de relaciones; del mismo modo se desarrollan las seguridades científicas: en continua unidad relacional, dentro y fuera de las teorías. Al mismo tiempo, la seguridad/inseguridad generada en una teoría no puede aplicarse unívocamente a las demás, porque en cada una se produce algo específico e intransferible. Por ejemplo, de la seguridad formal no se deriva automáticamente una seguridad de contenidos; la seguridad de los modelos matemáticos no es la de sus aplicaciones. Nuestro autor aplica amplia y minuciosamente a la experiencia científica lo que ha elaborado en la primera parte. En primer lugar, los refugios de seguridad científica son tales porque están vinculados con la validez científica, que quita zozobras en las cuatro estructuras. En segundo lugar, relaciona los refugios de seguridad científica con la verdad científica y con la validez veritativa.

En el tercer apartado del presente capítulo, Chávarri aborda la seguridad e inseguridad humanas, porque es el plano desde el que va a contemplar la carga vital que la ciencia ejerce a través de la seguridad/inseguridad. Sabemos que las seguridades/inseguridades humanas son las que tienen el mayor peso y comprehensividad de todas, ya que aquí los vaivenes afectan a todo el ámbito del ser humano y no sólo a una parte. Que existan tales inseguridades se debe a que el ser humano tiene muchos potenciales modos de ser hombre, porque ninguno de los que ha vivido le ha satisfecho totalmente. También sabemos que, para nuestro autor, el apropiado emplazamiento de la profunda y comprehensiva experiencia de la inseguridad y seguridad humanas son los modelos o arquetipos humanos existentes. Ellos son los que modalizan –en el sentido que marca el núcleo valorativo– a cada una de las seguridades o inseguridades específicas que se viven en los respectivos marcos experienciales. En el caso del HPC, estos marcos experienciales específicos están comprometidos al máximo en desarrollar seguridades humanas e inhumanas laborales, familiares, religiosas, etc. *desarrollistas*. Chávarri relaciona estas seguridades humanas *desarrollistas* con las valideces y verdades *desarrollistas*, puesto que son concomitantes. Pues bien, las seguridades científicas se generan, como todas las demás, modeladas por la seguridad que proporciona nuestro arquetipo humano, el Hombre Productor Consumidor, con lo que las convierte indefectiblemente también en seguridades científicas *desarrollistas*. Por el papel tan central que tiene la ciencia en el desarrollo del

HPC, la seguridad/inseguridad científica desarrollista se constituye en referente del resto de las seguridades/inseguridades humanas, con lo que, en nuestra Forma de vida, las garantías ofrecidas por los procesos de validación-verificación de la ciencia superan en mucho a las validaciones que se llevan a cabo en otros marcos constitutivos de experiencia. La seguridad que da la ciencia a los demás marcos se ejerce también a través de la seguridad que ofrecen los marcos del saber ordinario, sobre las cuales la ciencia tiene hoy una gran influencia. Dichos marcos del saber ordinario están presentes en todos los demás marcos experienciales; con lo que ya podemos percatarnos de la enorme carga vital que la ciencia desarrollista aporta a las demás experiencias a través de sus específicas seguridades e inseguridades.

Y como las unidades relacionales de seguridad se siguen de las unidades relacionales de validez, entre las que tienen un peso importante y específico las relaciones de validez veritativa, puede enriquecerse aún más este tema recordando lo que se dijo en la segunda parte del capítulo 6 sobre las unidades relacionales entre las valideces de la ciencia y las correspondientes al saber ordinario, a la filosofía, a la teología y a las asociadas. Tampoco hay que olvidar que las unidades relacionales de seguridad no son siempre amistosas. En concreto, nuestro arquetipo humano –el Hombre Productor Consumidor– es pródigo en generar tensiones sin fin, pues todas las unidades relacionales adquieren en él la modalidad del desarrollismo.

Nuestro autor termina este tercer apartado con unas provechosas reflexiones sobre la conversión de los refugios de seguridad en ratoneras. El ser fundamental de la ratonera es el de ser trampa: un valor atractivo que conlleva el contravalor de la muerte. Los marcos experienciales, auténticos y complejos refugios de seguridad, pueden degradarse y convertirse en ratoneras-trampa si se corrompen. Ello sucede cuando arrebatan a los humanos otros desarrollos vitales importantes, es decir, cuando los valores que se cultivan en esos marcos se convierten en cebos que atraen de modo desproporcionado a los hombres. De momento, ello les da mayor seguridad, pero a la postre resulta una trampa, pues, al cortar multitud de unidades relacionales valorativas con valores desarrollados por otros marcos, provoca el debilitamiento o incluso la muerte del ser humano, ya que ningún valor puede ser sustituido por otros en su función humanizadora. El principio de restricción valorativa convierte a los refugios de seguridad en ratoneras de hecho, tanto a niveles biográficos, de grupos o de especie. Pues bien, la ciencia desarrollista apoya eficazmente la función restrictiva valorativa que lleva a cabo el HPC, con lo que sus seguridades se convierten a la postre en ratoneras.

Por otra parte, la conversión de los refugios en ratoneras también se lleva a cabo a través de la *reflexión temática*. Chávarri ofrece interesantes observaciones sobre este asunto. Por ejemplo, cuando las escuelas de pensamiento se aferran a sus temas y a sus perspectivas, se están convirtiendo en ratoneras temáticas, pues cortan las unidades relacionales con otro tipo reflexión. Determinadas personas o grupos, por ejemplo, han sido fascinados por el

tema de la libertad moral tal como se expone en el marco constitutivo de una escuela "escolástica" kantiana. Dan la impresión de que, para ellos, la libertad moral es la única variación que tiene la libertad humana. No es fácil evadirse de estas ratoneras, porque tienen la particularidad ya indicada de que causan la muerte de muchos aspectos vitales, aunque, por otra parte, uno muere muy a gusto. El principio de estabilidad excesiva también convierte los refugios temáticos en ratoneras temáticas, porque se erige en tribunal supremo de lo que concierne a su respectivo marco fáctico, y un tribunal supremo tiende a la seguridad total, con lo que se reprimen completamente las alternativas, con el fin de evitar zozobras, inseguridades. El uso de la ciencia en sentido *cientificista* sabe mucho de esta práctica, pues obliga a seguir sus pautas a todo tipo de saberes, por considerarla como única poseedora de los fundamentos firmes, necesarios y, por tanto, seguros.

9. CIENCIA Y TRADICIÓN

Muchos pensadores admiten que las *tradiciones* afectan a todas las experiencias, pero no a la ciencia. Hay que decir, sin embargo, que la ciencia tiene tanta influencia en la vida porque es una tradición. En efecto, si el ser humano tiene la posibilidad de ir generándose a través del tiempo, es porque las pequeñas ventajas que van alcanzando los individuos no desaparecen cuando ellos mueren, sino que se conservan para la posteridad. Nuestro ser generado por tradición es, por tanto, un ser intrínsecamente temporal. Y los tratos del tiempo que llamamos pasado, presente y futuro son integrantes sustanciales, los tres a la vez, de la tradición misma, a pesar de que "tradicional" suele aplicarse tan sólo al pasado. Pues bien, es en este contexto de formación del ser humano donde Chávarri sitúa su reflexión sobre las tradiciones. Ahora bien, el ser humano se forma a base de experiencias o asimilaciones de los seres; con lo que el cultivo de las tradiciones concretas y específicas tiene su apropiado lugar también en los específicos marcos constitutivos de experiencia, en sus grupos. En dichos grupos, además y al mismo tiempo que estas tradiciones específicas, existen otras sumamente comprensivas: son las que se refieren a la humanidad e inhumanidad. Dichas tradiciones tienen como punto de referencia los modelos, paradigmas o arquetipos humanos, que modalizan poco a poco todas las demás tradiciones. Se nos muestra aquí una nueva dimensión de los arquetipos hasta ahora desconocida: los conjuntos de relaciones de tradición que se cultivan en los grupos, sin perder su especificidad, quedan unificados por la orientación de humanidad e inhumanidad que marca el paradigma humano imperante; en nuestro caso, el HPC.

Un grupo de tradiciones se desarrolla en torno a la dimensión vital epistémica o cognitiva. Ellas son las que hacen que nuestras experiencias cognitivas queden a salvo de las contingencias propias de los individuos, con lo que nuestro modo de conocer se diferencia del modo de conocer de otros vivientes precisamente porque se genera en las tradiciones. Distingue nuestro autor

cuatro grandes géneros de tradiciones cognitivas: en el primero están las del saber ordinario; en el cuarto, las correspondientes a los saberes epistémicos (filosófico, teológico y científico). En el libro aparecen sugerentes y detallados análisis de algunos rasgos sobre los grupos forjados por tradiciones epistémicas en los saberes filosóficos y en el teológico cristiano, en las unidades relacionales que guardan entre sí y en lo que se refiere a la humanidad e inhumanidad que discurre por ellos. El punto de atención preferente lo constituyen, como es previsible, las tradiciones científicas, las cuales viven y van desarrollándose en las experiencias científicas concretas o teorías, nunca al margen de ellas. Numerosas tradiciones –y grupos, por tanto– se han constituido en torno a los entes, a los equipamientos, a las razones y a las sociabilidades científicas específicas concretas. También, en torno a la validez/invalidéz, a la verdad/falsedad, a la seguridad/inseguridad científicas específicas; a la actividad crítica científica, a la actividad tecnológica, a los emplazamientos de la actividad científica en general, y a otros tantos aspectos de la experiencia científica, que como sabemos es una experiencia valorativa.

Todas las tradiciones específicas reciben la modalización del HPC. Pues bien, tal modalización se caracteriza por una adhesión exagerada al futuro, uno de los tractos del tiempo tradicional. En efecto, desde la modernidad se ha generado un enfrentamiento irreconciliable entre dos corrupciones de la tradición: la adhesión exagerada al pasado (tradicional) y la adhesión también exagerada al futuro (modernización). Chávarri analiza esta última y su *imperativo de modernizarse*. Tal mandato afecta a todos los constituyentes de una cultura o Forma de vida, que aquí no son considerados en su especificidad, sino al máximo rango comprensivo, es decir, bajo la perspectiva de humanidad e inhumanidad. Él distingue en el Occidente de la Modernidad dos versiones de ese “imperativo de modernización al máximo rango”: una *originaria* (siglos dieciocho y diecinueve) y otra *desarrollista* (irrumpe en EE.UU. en los años veinte del siglo pasado). En la primera, se presentó al arquetipo *Ciencia* –junto con al menos otros diecinueve– como la fuente originaria de modernización, de renovación, de liberación de lo añejo y de la implantación de lo nuevo y novedoso; en definitiva, de la humanización. En consecuencia, las órdenes de esos veinte arquetipos se impusieron con la fuerza típica del “deber ser primordial” en todo. Por otro lado, en unidad relacional amistosa o de contraste con otros arquetipos se formaron a su vez tres grandes *modelos temáticos de humanidad*, a los que nuestro autor denomina respectivamente *el ciudadano sin fronteras*, *la humanidad consumada* y *el paradigma tradicional*. Pero esas tres modalidades del imperativo originario de modernidad han perdido su vigencia, ya que han sido sustituidas implacablemente por la versión desarrollista del mismo. “Muchos tachan de verdadero escándalo histórico, y hasta de vergüenza trascendental –dice nuestro autor–, el hecho de que el grandioso sujeto arquetipo Progreso haya venido a engendrar y parir simplemente un desarrollismo humano consumidor. Yo lo tomaría, más bien, como una aleccionadora ironía de la escasa libre disposición que tenemos sobre el horizonte histórico inmediato, y no digamos nada

sobre el lejano". El HPC, organizado en torno a los valores económicos y biopsíquicos, modaliza todas las experiencias de nuestra Forma de vida o cultura. También el saber científico ha sido rebajado de su absoluto pedestal de gran sujeto humano arquetipo Ciencia a la condición sumisa de ciencia desarrollista. Nuestra ciencia y nuestra tecnología se hallan en estos momentos bajo las órdenes que dicta el mandato de modernización europea desarrollista que emana del HPC. Una vez modernizada así, se ha erigido en estandarte de la modernización desarrollista de todas las demás experiencias humanas. De este modo, y bajo el aspecto que comentamos en este capítulo, se explica la enorme carga vital que la tradición científica ejerce sobre el resto de las tradiciones humanas.

CONCLUSIÓN

De todo lo expuesto anteriormente se puede fácilmente deducir que el ensayo al que hace referencia la presente reseña es de una densidad y complejidad muy altas. Su lectura exige además tener presente en todo momento el "sistema" filosófico del profesor Chávarri, en el que, entre otras cosas, él ha dado un vuelco al significado habitual de muchos conceptos y ha creado otros nuevos. Para afianzar en la mente del lector los nuevos contenidos, nuestro autor va citando casi cada vez todos los enlaces que tales términos tienen, lo que a la postre puede resultar fatigoso para su lectura. Ello, sin embargo, no empaña ni lo más mínimo el altísimo valor de esta obra, que bien puede calificarse de magna. Sería imperdonable que la difusión de un estudio de tan hondo calado y tanta originalidad quedara reducido a la presente reseña, que no es más que un pálido reflejo —no sé si en algunos casos hasta desacertado— de lo que el libro contiene. Las instituciones ligadas al profesor Eladio Chávarri deberían organizar una presentación en toda regla, mejor un congreso, en el que el autor, con contertulios de prestigio y conocedores de este trabajo, pudiera aclarar dudas y resolver objeciones. Muchos lo agradeceríamos.